

## DE HIJA A MADRE

Todo empezó esta noche lluviosa de tormenta. Carolina tenía 23 años. La vida en Santo Domingo le gustaba muchísimo, pero echaba de menos a sus padres, su perra y su ciudad, Córdoba. Pensaba mucho en Andalucía, en el aire seco y ardiente de los veranos. Pensaba mucho en este tiempo seco durante las tempestades tropicales.

Se durmió dándose un baño lo que iba a ayudarla a relajarse y a expulsar la nostalgia y la tristeza que sentía cuando la lluvia golpeaba las ventanas haciendo ruido. Le gustaban los olores del jabón que le compró Altagracia, su nueva (y que ahora sigue siendo su única) amiga a la que conoció el primer día de su periodo de prácticas.

Cuando se despertó por la media noche y quiso ir a la cama, no pudo levantarse. Sus piernas estaban muy dolorosas (fue lo que la sacó del sueño).

Cuando intentó salir del baño, se cayó. Se cayó otra vez. Y se cayó de nuevo. Se rindió.

En el espejo notó que su pelo era realmente demasiado largo. Pues... ya había notado que le había crecido pero... le pareció entonces muy feo y no pensaba que fuera tan flagrante! vale, hará una cita en la peluquería. Además.... ¡Qué mal aspecto tenía! Su tez azulada asociada a esta masa de cabello negro endurecía sus rasgos.

Pero tirada en el suelo frío, notó también que su pelo o el color de su cara eran detalles frente al hecho de que apenas podía moverse. Sus pies estaban tan dolorosos que la única solución para ir a su cuarto fue cruzar todo el piso arrastrándose por el suelo. Alcanzó con muchas dificultades su cama. Se durmió enseguida.

Al día siguiente no oyó su reloj y la despertó el gallego de su vecino. Eran las ocho y media. Arrojó su edredón a los pies de la cama, se arrancó de la cama con un vigor que brotaba solo las peores mañanas. Saltó y puso sus pies en el suelo, antes de caerse lamentablemente, como una muñeca de trapo. Despejó su cara del (muy) largo pelo (muy pesado también) y cayó de rodillas. Sus pies la hicieron gritar. Estaban... Pues... TOTALMENTE AL REVÉS! Sus dedos del pie estaban detrás de ella. No adelante. La luz del día que calentó su piel pasando entre las lamas de persiana le hizo dar alaridos de miedo otra vez: su tez no estaba un poquito apagada o simplemente marcada por la noche agitada. No. Su piel estaba azul. Azul. Azul como son las más profundas lagunas del Caribe. Azul como los peces cirujanos, los acantúridos, peces que observa y estudia su novio en la universidad Cordobesa. Azul como los arándanos. Azul como... "AZUL?! Pero... Que pasó?! ¿Como puedo ir al trabajo así? ¿De hecho, cómo podría salir de casa?" Se puso de pie con precipitación. BANG. Se cayó.

Llamó a Altagracia. Fue ella la que le había ofrecido especialidades locales al acogerla, como muestra de bienvenida.

Llegó después de su día de trabajo.

"¿Qué me cuentas Carolina? Creo que has escuchado demasiadas historias de mi nana sobre las leyendas dominicanas y las ciguapas. Estás normal. No veo nada raro.

Tienes exactamente la misma apariencia que ayer, antes de ayer y la mañana de tu primer día como practicante en la empresa. Creo que necesitas descanso. Mira... trabajas mucho y todo es nuevo para ti en este país.

-Pero...

-No, no, no Carolina... ¡Que descanses!

-Pero... quizás ... ¡no! Bueno, vale, vale, tienes razón... lo siento cariño.

-No te preocupes. No pasa nada. ¿Te gustaría ver a un brujo? porque ...

-No. No. ¡No, muchas gracias! ¿sabes qué? ¡Me siento muchísimo mejor! Vale. ¡Hasta luego!

-Hasta mañana entonces...”

Pasó la noche aprendiendo a caminar. Se puso un vestido muy largo. Y voló a España. Tomó el primer avión.

Aeropuerto Barajas Adolfo Suárez. Aeropuerto de Córdoba. Taxi. Por fin pudo quitarse las gafas de sol. Y el sombrero. Y los guantes. El taxista tosió.

“¿Todo está bien?”

-Sí, sí. No pasa nada. Es... Es el tiempo. Está seco.

-Usted trabaja con turistas. Son ellos los que deberían toser ¿no?”

Silencio.

“¿A dónde está yendo? Mi dirección es calle...”

-Lo sé. Conozco un atajo.”

Aceleró.

Las palpitaciones del corazón de Carolina también.

“Señor... [el taxista aceleró] Quiero bajarme, señor.

-Llegamos en pocos minutos.

-Quiero ...”

Aceleró

Carolina notó las luces de la guardia civil. Tenía miedo. Volvió a ponerse sus accesorios. Tenía que actuar rápidamente. Tomar una decisión. En menos de un segundo, decidió abrir la puerta. Saltó.

Los ruidos de los neumáticos.

El dolor. La sangre.

Nada.

El verano siguiente, una vez finalizada la investigación policial sobre la “*misteriosa ciguapa de la carretera del aeropuerto*”, sus padres, que reconocían con dificultad la cara inmóvil de Carolina, habían buscado en sus pertenencias personales, y habían hallado el número de móvil de Altagracia. Viajó a España para visitar a los padres enlutados. Tenían preguntas. Muchas. Altagracia no supo mucho. Pero los regaló jabón dominicano.

Le gustó muchísimo a la madre de Carolina (tenía los mismos gustos que su hija) y se dio “uno de los mejores baños de su vida”. Un momento preciosísimo después de la tristeza que deja la muerte de un hijo.

Al día siguiente, notó el largo anormal de su pelo. Y su tez estaba... casi azul. Notó sobre todo que le dolían sus pies y que no podía caminar. Altagracia le aconsejó descansar.

Arnaud Azagoh, 1<sup>ère</sup> ES, espagnol LV3, Lycée Franco-Allemand